

Proyección Chilena al Exterior

Los inicios de la gestión del Canciller Miguel Schweitzer le han impreso a ésta los rasgos de su carácter dinámico, ágil y ajeno a excesivas rigideces protocolares. Pero más allá de eso, sus actuaciones y sus logros insinúan ya un interesante reenfoque de nuestra política exterior, para adaptarla a las nuevas y siempre cambiantes condiciones en que ella debe desenvolverse.

Necesario es precisar que no se trata de introducir alteraciones en los principios básicos y tradicionales de nuestra política internacional, ni tampoco de afectar el profesionalismo propio de nuestro servicio exterior, valores ambos tan eficaz y celosamente afianzados por el ex Ministro René Rojas.

Felizmente, las exhortaciones de ciertos voceros del "ultranacionalismo" criollo, tendientes a retrotraernos a una anacrónica ideologización de nuestra política exterior —y a las consiguientes "reestructuraciones" masivas dentro de la Cancillería— parecen categóricamente desestimadas.

El reenfoque aludido se percibe más bien como una adecuada advertencia de las condiciones —ya sea favorables o bien limitantes— a las que debe ajustarse nuestra labor diplomática, seguida de la definición de una estrategia idónea para darle a ésta la mayor eficacia posible.

Cualquier análisis realista del cuadro internacional en que Chile debe hoy actuar, exige admitir ciertos escollos y limitantes que no será posible superar u obviar en un futuro inmediato ni próximo. ▶

Desde luego, Chile está abocado a un panorama siempre potencial o efectivamente conflictivo con los países limítrofes del nuestro. Nuestras relaciones bilaterales con ellos experimentan constantes vaivenes entre las más agudas tensiones y los subsecuentes estrechamientos de una recíproca amistad. Sin embargo, el saldo histórico nos enseña que debemos asumir —y estar dispuestos a afrontar airosamente— el riesgo de que los tres vecinos que nos rodean pudieran ceder, en cualquier momento, a la tentación de coligarse para amenazar nuestra integridad territorial, a cuyo respecto en todos ellos se anida cierto sentimiento agresivo o revanchista que, periódicamente, algunos de sus gobernantes procuran explotar.

En seguida requerimos hacernos cargo de la limitante que hoy impone la recesión económica internacional, la cual nos dificulta obtener recursos del exterior, sea por la vía de créditos o de inversiones directas. Ello se agudiza por la circunstancia de que Chile haya dejado de ser esa excepción de éxito económico dentro de un mundo en crisis, con que nos proyectáramos entre 1976 y 1981.

Por otro lado, resulta ineludible reconocer el elemento políticamente difícil para nuestra acción exterior derivado del hecho de que, verificadas que fueren las próximas elecciones en Argentina y Uruguay, nuestro país quedaría como el único con Gobierno militar en Sudamérica (exceptuada la peculiar y poco relevante realidad de Paraguay) desde que ya a Brasil no se le considera en tal calidad, fruto del avance en su proceso de apertura política. Ciertamente es que el nuestro es un Gobierno militar constitucional, con un itinerario aprobado plebiscitariamente para encaminarnos hacia la democracia plena, pero igualmente nítido resulta que ello no se entiende ni se aprecia así en la generalidad del resto del mundo.

Finalmente, y en este mismo orden político, cabe constatar el factor adverso que representa el antagonismo que despliegan hacia nuestro Gobierno y nuestro proceso político, todas las “internaciona-

les” ideológicas organizadas, es decir, el marxismo, la democracia cristiana y el socialismo democrático o social democracia.

Como contrapunto de las limitantes enunciadas, debemos consignar el aspecto favorable que nos brinda nuestra estratégica ubicación geográfica, de tantas implicancias geopolíticas para el destino del cono sur americano y para el acceso a las rutas oceánicas de él dependientes.

Asimismo, y por sobre todo, cabe destacar el valiosísimo capital político que para nuestra acción exterior representa el férreo y compacto sentido de patriotismo y altivez que brota en nuestro pueblo cada vez que él siente amenazada su soberanía territorial o política por injustos móviles expansionistas, revanchistas o imperialistas, según fuere el caso.

Del reseñado diagnóstico, se desprende que una política internacional eficaz y pragmática para el Chile de hoy, debiera apuntar básicamente a dos objetivos complementarios: por una parte, establecer claras **prioridades** que nos ahorren la pérdida de esfuerzo y de tiempo implícita en estrellarnos inútilmente contra escollos no removibles en fecha próxima y, por la otra, la búsqueda de un **equilibrio activo** que potencie nuestras perspectivas o cartas más favorables en toda su extensión posible.

En cuanto a las prioridades, todo aconseja que —dentro del ámbito latinoamericano— Chile busque la mayor inserción factible en los organismos e instancias que expresan ese foco natural de influencia internacional al que pertenecemos. La participación del Ministro Schweitzer en el reciente encuentro del “Grupo de los 77” en Buenos Aires, cobra importancia en dicha perspectiva, si bien el lenguaje sobrio del Canciller chileno contrastó con la demagogia reivindicacionista que predomina en el tercermundismo, evidenciando así que no son muy auspiciosos los horizontes que ni esa instancia —ni menos el hipotético retorno al grupo de “los no alienados”— ofrecen actualmente a nuestro país, salvo en ▶

cuanto contribuyan a evitar un aislamiento perjudicial para nuestras relaciones con los países limítrofes.

Es precisamente el tema de nuestros vínculos con dichos países lo que ha de constituir la prioridad de nuestra política exterior en la órbita latinoamericana. Y es desde tal perspectiva donde más resalta la trascendencia de fortalecer nuestros lazos históricamente estrechos con Brasil, no sólo por los frutos de complementarnos —sobre la base de reales intereses comunes— con una nación que ya es considerada potencia mundial, sino por el implícito papel de equilibrio que esas amistosas relaciones siempre han jugado, y deberán seguir jugando, frente a nuestros vecinos.

En cuanto a estos últimos, junto con robustecer el buen estado por el cual atraviesan nuestras relaciones con Perú, es menester aprovechar tal coyuntura para asumir una actitud de mayor iniciativa frente a Bolivia.

Como lo hemos señalado en estas columnas, no parece suficiente que Chile se limite a reiterar nuestras razones jurídicas frente a las pretensiones bolivianas de conferir el carácter de derecho a lo que no pasa de ser una simple aspiración de su parte, de obtener una salida soberana y útil al Océano Pacífico.

Se hace cada vez más imperioso dilucidar si el país altioplánico está o no dispuesto a entablar conversaciones con el nuestro en un plano de buena fe, de recíproca dignidad y de prescindencia de condicionamientos previos. De lo contrario, habremos de desplegar toda nuestra capacidad diplomática para impedir que se continúe internacionalizando el problema, particularmente en el seno de la OEA, donde tantos países comparten nuestro interés en mantener incólume la intangibilidad de los tratados, y donde la presencia misma de nuestro país perdería gran parte de su sentido si una pretensión boliviana valiese allí más que un derecho chileno.

En lo concerniente a Argentina, interesa consignar que si su actual Gobierno no da una respuesta positiva a la

propuesta mediadora de S.S. el Papa, antes de que se inicie la campaña electoral destinada a traspasar el poder a la civilidad, el problema quedaría de hecho diferido para no antes de mediados o fines de 1984.

En tales condiciones, nuestra Cancillería habrá de idear desde ya la forma de asumir los caminos alternativos de que dispone frente al actual estancamiento, siempre bajo la garantía de paz que conlleva la presencia papal en el diferendo.

El asunto no es nada fácil porque ello requiere realizarse de modo que ni por ese ni por ningún otro motivo, Chile pudiese favorecer el único pretexto posible para que el Gobierno transandino intentase dilatar su entrega del poder a la civilidad, cual sería una aventura bélica contra nuestro país, hipótesis que no cabe descartar entre ciertos sectores termocéfalos del militarismo argentino.

Saliendo del ámbito latinoamericano, un orden de prioridades sugiere privilegiar nuestros esfuerzos en los países respecto de los cuales, tanto por la orientación de sus actuales Gobiernos como por su potencial político y económico, podemos esperar un reforzamiento viable y eficaz de nuestras relaciones bilaterales. Sin duda, sobresalen al efecto Estados Unidos, Alemania Federal e Inglaterra.

Todo indica que el reciente viaje del Canciller Schweitzer a Estados Unidos e Inglaterra se inscribe en esa línea de prioridades. Su prolongada y positiva entrevista con el Secretario de Estado norteamericano, George Schultz, constituye un éxito diplomático en sí misma y está llamada a mostrar sus presumibles frutos en fecha próxima, particularmente en el plano económico, en los momentos en que Chile renegocia parte de su deuda externa.

Asimismo, la cuestión de las certificaciones pendientes del Presidente Reagan ante el Congreso de su país, en el sentido de que Chile ha avanzado en el respeto a los derechos humanos, para que Estados Unidos reanude la venta de armas y sus repuestos a nuestro país, ha de estar forzosamente ocupando un lu-



gar preponderante en las inquietudes de nuestra Cancillería.

Los juicios del Ministro Schweitzer de que la demora de dichas certificaciones no enturbia nuestros vínculos bilaterales con Estados Unidos, no se opone a que un eventual otorgamiento de ella a Argentina (que también la precisa con iguales términos y efectos), y no a Chile, representaría una delicadísima alteración del equilibrio en el cono sur del continente, en favor de un país que ha demostrado últimamente un predicamento internacional inusitadamente agresivo.

Ahora bien, y así como el traspaso del Gobierno a la civilidad en el país transandino resulta más bien favorable para Chile, en cuanto significaría el fracaso de todo intento de prolongar el régimen militar en Argentina por medio del único instrumento factible para ello (cual sería una guerra con nuestro país) por otro lado, el próximo advenimiento de un esquema democrático en dicho país aceleraría inevitablemente la aludida certificación norteamericana.

Para entonces, el mencionado equilibrio en la región reclamaría que Chile obtuviese similar certificación, objetivo que compromete a nuestro Gobierno a dar en este año ciertos pasos consistentes y significativos de progreso político-institucional, dentro del propio camino hacia la plenitud democrática que nuestro país soberanamente se ha trazado. El condicionamiento que la política interna ejerce sobre la exterior, se advierte aquí con particular claridad.

En todo caso, la alternativa europea —y especialmente británica— frente a un evento semejante, adquiere especial valor, aún dentro de rangos algo más limitados. Los vínculos pertinentes de nuestro actual Canciller derivados de sus labores diplomáticas previas, pueden resultar especialmente valiosos al efecto.

Finalmente, en el orden de las priorida-

des de nuestra política exterior, procede destacar la continuidad de nuestra proyección al Pacífico, en la cual tanto se ha avanzado bajo el actual Gobierno, y que un sentido de futuro obliga a convertir en objetivo permanente de toda nuestra actividad diplomática.

En cuanto a lo que denominamos **equilibrio activo** como criterio guía de nuestra tarea exterior, ello supone que el necesario equilibrio inherente a cualquier propósito en el campo internacional, se procure no por la vía de evitar romperlo con la pasividad o la inacción (como ha sucedido en ciertos períodos históricos de nuestra diplomacia), sino por el camino diferente e inverso de potenciar al máximo nuestras opciones con la debida armonía entre ellas.

La reciente acción simultánea del Canciller Chileno frente a Estados Unidos e Inglaterra en el tema económico y de venta de armas, ilustra gráficamente ese equilibrio activo al cual aludimos. También lo expresa su diligencia para viajar a Argentina a pocas horas de su regreso de esos países, para evitar toda especulación de una supuesta actitud antiargentina en nuestra búsqueda de incrementar nuestro acercamiento a Inglaterra. Ese, más que la participación misma del Ministro Schweitzer en el "Grupo de los 77", surge como el mayor fruto de su reciente presencia en Buenos Aires y de sus contactos personales con las máximas autoridades transandinas.

El reenfoque de nuestra política exterior que comentamos se perfila, pues, como el desafío de un estudio serio, realista e imaginativo sobre la mejor forma de favorecer nuestros intereses nacionales en el cuadro internacional del momento, unido a una voluntad dinámica y emprendedora para llevarlo a la práctica.

R